

Escritos

Jacqueline Córdoba

Hogar

En la esquina hay una casa de madera, pintada de un color que antes pudo ser blanco, con ventanas de cartón y muros de trapo. Del techo de zinc cuelgan tres telas mugrientas que separan los cuartos y las camas hechas de viejos camastros se apilan en los rincones. Quienes habitan allí sobreviven sin sueños y enfrentan la vida arrastrando los pasos por pasillos de enfermos.

En las mañanas, apenas levantan el cuerpo, sacuden el polvo de las sábanas de algún muerto, preparan sancochos en fogones de leño y se tragan la tierra entre suspiros y empeño. En las tardes, atraviesan las calles de pantano bailando sin ritmo, esperando la ayuda del gobierno entre el comején, las chitras y el cinismo. En las noches, cuando la última vela se apaga y la oscuridad los engulle, dejan entrar el frío para que entre temblores los arrulle, sin quejidos ni reproches.

En un lugar como este no hay espacio para la esperanza, los días pasan sin prisa y la joya más preciada termina siendo la risa. Allí se vive entre el ruido de vientres vacíos y dolores inacabados, pero los muros de ese hogar se mantienen sosegados.

Figuras de polvo

Una puerta cruje y se escucha el primer bostezo, dos figuras giran hacia el letargo y cambian de posición bajo las sábanas. El involuntario rechinar de dientes tensa los músculos de un rostro y un gas enclaustrado durante una jornada de diez horas de trabajo sale en tromba hacia la nariz ajena. En la mesita de noche el despertador aúlla por enésima vez, el aparato es silenciado por el sonido de uñas rascando la piel de un vientre y una de las bocas murmura un trémulo «levántate». No se tocan, desempolvan las prendas evitando cualquier contacto que pueda destruirlo todo. Abren la llave de agua helada y reciben el vapor del café recién hecho como un beso amargo que olvida-

ron darse. Llegan hasta la puerta saltando en las zapatillas o alisando invisibles arrugas para no mirarse. Bajan las escalerillas de la entrada con las mochilas a cuestas y las caras les tiemblan al formar algo que no puede llamarse sonrisa. Sin pronunciar palabra juntan los labios en un adiós que les encorva la espalda. A lo lejos, un tren anuncia su llegada, mientras en lo alto la esfera de oro los sigue al doblar la esquina.

Madura

El suelo es un lugar peligroso.

Cuando las más viejas caen allí, un monstruo enorme viene a buscarlas. Les da golpes, casi siempre con una piedra, hasta reventarlas. Con la piel resquebrajada, desprotegidas, sueltan chillidos mientras la bestia se alimenta de sus entrañas y se ríe con saña.

Miro con envidia a las que todavía están verdes, a esas nadie las toca y casi nunca se caen. Después de todo, su fruto todavía es joven. No temen a la desnudez, la muerte o la risa; van hacia donde las lleva el viento, silbando canciones.

De repente, la brisa alborota mis largas hojas y la rama que me mantuvo en casa toda la vida empieza a ceder.

Me caigo.

Y aunque me prometí no gritar, suelto alaridos a diestra y siniestra, porque no pasa mucho tiempo para que venga aquel esperpento a destrozarme.

Me levanta, me observa y agita mi cuerpo con fuerza.

Está evaluando mi calidad, calculando la potencia del necesario golpe.

«Todavía no me he secado», le digo.

Sé que es inútil, pero las condenadas deberíamos tener derecho a agotar la pena, aunque sea en la súplica.

«Bueno, pues yo no pienso aguantar el hambre».

Y, dicho esto, toma la piedra.